

## REPORTAJES DE SALUD

# Victoriano de la Serna, estudiante, atleta, futbolista, torero y médico.

### Un caso único

**S**EGURAMENTE, en los anales de la historia del toreo y de la Medicina jamás se ha dado un caso semejante. Este es un hecho que se sale de lo normal y acaso toca en los límites de lo extraordinario. Porque, ¿cómo se explica, si no, tan raro fenómeno? ¿Qué misterioso poder le inspira, protege y guarda?... Es un secreto, un misterio impenetrable, un enigma. Sin embargo, Victoriano de la Serna es un buen estudiante; ha sido atleta, futbolista de primera categoría, es doctor en el arte de Cúchares y, por lo que se ve, va a ser también, con dignidad profesional, médico.

### El estudiante que obtiene por su propio esfuerzo el honor de la más alta recompensa universitaria

La Serna es un muchacho simpático, fino y culto. Mira, analizando e interrogando, ¡no con esa mirada agresiva o antipática—de enfado—que con indiscreción utilizan algunos, fríamente, para las investigaciones analíticas del humano corazón, ¡no! Victoriano mira tímidamente, con esa característica sencillez o timidez de la verdadera elegancia y de la nobleza caballeresca que aristocratiza y ennoblece la figura.

Más allá, en lo más íntimo de su ser, este hombre joven, rico y al parecer feliz, que la gloria y la fortuna miman y acarician con rivalidad, se encierra el misterio más impenetrable. ¡La sombra de una tragedia, muy íntima, que no revelará a nadie jamás, se encierra allí como en un santuario!...

Pausadamente inicia, como si fuese el preludio de una canción favorita, la oración de su vida, con la vista fija en un punto indeterminado y el pensamiento puesto ¡quién sabe en dónde!...

—¿...?

—El año 26 empecé a estudiar Medicina. Antes había intentado estudiar para militar y marino.

—¿...?

—Mi madre se empeñó en que fuese médico; mi madre manda en mí; ¡yo quiero mucho a mi madre!

—¿...?

—Su voluntad era la mía. Y para demostrarle a usted con cuánta fe y entusiasmo estudiaba—dice, bajando la cabeza para ocultar quizás los efectos que su modestia le produce—, los tres años primeros de mi carrera obtuve matriculas de honor. Además, el segundo, tercero y cuarto fui interno con Cardenal.

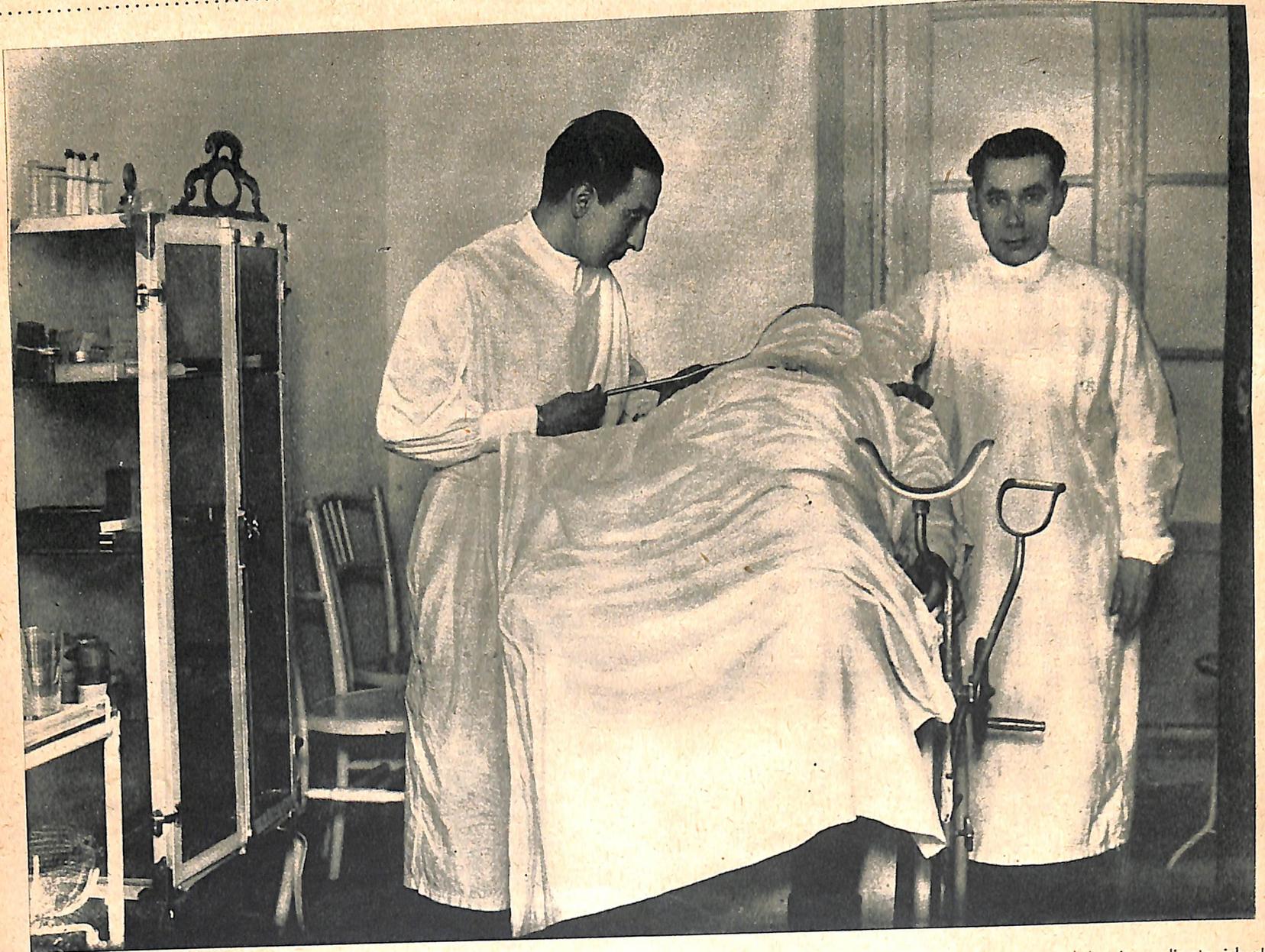
### El atletismo, como ejercicio físico y como deporte

—¿...?

—Sí, ya practicaba el deporte. Verá usted: Alternando con mis deberes de estudiante, y ya en el segundo año de mi carrera, necesitaba distraerme y obligar a mis músculos a un ejercicio activo. Con este motivo, me aficioné al deporte, y en atletismo fui campeón de los universitarios, y formé parte de la Gimnástica Española, llegando a ser *recordman* de 4 por 400, relevos, y campeón de España de 800 y 1.400 metros. En esta misma época fui a Tolosa formando parte de un equipo nacional.

—¿...?

—No, porque sentí una nueva afición: el fútbol.



En el quirófano, La Serna es el cirujano atento a la responsabilidad de una profesión que siente y cultiva con la llama viva del más ardiente ideal



Para «ellas», este retrato tiene el valor del héroe triunfante, fuerte y varonil, cubierto de oro y lentejuelas...

Victoriano abandona el atletismo, sigue estudiando y, al mismo tiempo, practica el fútbol

—¿...?

—Sencillamente. Yo soy un espíritu inquieto, necesito la actividad y me encantan las fuertes emociones. Entonces el fútbol era para mí algo nuevo, que me facilitaba el medio de ampliar e intensificar mis aficiones al deporte, para frenar en parte mis inquietudes...

—¿...?

—Sí. Me fué bastante fácil aprender este juego, y llegué a formar parte de equipos de primera categoría, jugando ya—en plan serio— en los campeonatos del Centro. Pero era muy reducido el campo de acción en que me movía. Otros entusiasmos eran ya los fantasmas torturadores en mis sueños de gloria, y locas quimeras invadían las fronteras de mis delirios, empujándome más allá, ¡más allá! Entonces...

Cómo el atleta, futbolista e infatigable estudiante, se hizo, por fin, torero

Fué en el año 27 cuando sentí por primera vez la afición del toreo; pero no con esa fuerza que produce la decisión, sino más bien como inquietante curiosidad.

Recuerdo perfectamente que en aquella ocasión se estaba organizando un festival a beneficio de la Ciudad Universitaria, y yo aproveché la oportunidad para intentar conocer el arte de Cúchares y *Espartero*. Me alisté, pues, en las huestes que formaron la cuadrilla, y en la memorable tarde del festival fui uno de los que paseó *de corto* por el anillo de la Plaza, dispuesto a vivir de cerca la trágica emoción de nuestra *fiesta nacional*.

—¿...?

—Pues lo que me ocurrió fué lo siguiente:

Como yo había adquirido el compromiso de banderillar el becerro que le correspondía a mi matador, cogí los palos; me fui al bicho, que me parecía un monumento; le cité, me embistió, y... a consecuencia de la gran voltereta que aquel animalito me hizo dar, me fué imposible colocar los palos.

A la salida de la Plaza, comentando las incidencias de la fiesta, me dijo un compañero: «¡Cuidao que eres malo!» Y yo le respondí: «¿Verdad? Pues, mira: antes de seis años, seré figura del toreo.»

Una promesa que se cumple

—¿...?

—No. Fué ya en el año 29 cuando decidí formalmente ser torero, desoyendo los consejos y las súplicas de mi madre, que se oponía tenazmente.

El 15 de Mayo de este mismo año vestí por vez primera el traje de luces, toreando en Colmenar Viejo. Después, mi carrera fué muy rápida. Tanto que tomé la alternativa en Madrid, el 29 de Octubre, llevando solamente nueve corridas, de novillero.

—¿...?

—Una gravísima, en San Sebastián, el día 7 de Agosto del año 32. Un toro de Coquilla me infirió una grave cornada de 43 centímetros de longitud, en el muslo derecho, de la que tardé en curar más de mes y medio. Perdiendo por esta causa un buen número de corridas que ya tenía contratadas.

—¿...?

—¡No, jamás! Mi madre no me ha visto torear, ni ha ido nunca a ver una corrida de toros

—¿...?

—En lo que va de temporada, llevo ya toreadas veintidós corridas, entre Valencia, Barcelona, Bilbao, Málaga, Toledo, Aranjuez, Córdoba, y Marsella y Beziers, en Francia. Pero tengo hasta ahora contratadas cincuenta y siete corridas más para la presente temporada.

—¿...?

—¿Torear en Madrid?... Aunque existen algunos inconvenientes, creo que volveré a actuar muy pronto.

—¿...?

—¿Qué por qué me dediqué a los toros?...

Esta pregunta ha producido en La Serna cierto desagrado que no ha sabido o no ha querido disimular. Seguramente habría deseado que no se la formulara. ¿Por qué? Este es el enigma indescifrable, cuya huella lleva constantemente marcada en el fondo de sus ojos tristes. Es la sombra de misterio impenetrable que él se obstina tenazmente en no revelar jamás a nadie.

El poder de la voluntad realiza el milagro de transformar algunos hombres, y ese mismo poder hace médico a Victoriano de la Serna

Por último, Victoriano exclama:

—Ya ve usted: constantemente voy de un lado para otro; apenas si tengo un día de descanso. Fiestas camperas, tientas, corridas... Sin embargo, nadie lo creerá; pero es el caso que no dejo de estudiar lo necesario, y algo más, para complacer a mi madre. ¡Créame usted: este año, si no tengo ningún percance, creo que seré médico. Mi voluntad es una ciencia, y yo domino esta ciencia a mi antojo. ¿No dice el viejo refrán que «querer es poder»? Pues yo quiero y puedo.

En este momento le llama su hermano, el doctor Pablo de la Serna, para que le ayude en una intervención, y Victoriano me invita a verle actuar.

El futuro hombre de ciencia visue ahora el albo uniforme clínico. Interviene sereno y seguro: él sabe ya mucho del dolor por haberlo estudiado y padecido. Es el bohemio impenitente, el muchacho distinguido, de buena casa, elegante y culto, que, por un misterio indescifrable o un azar del Destino, se hizo torero, llevando a la *fiesta nacional*—no es éste el único caso—la distinción de su estirpe, la dignidad de su nombre y la aristocracia de su origen.



En la fiesta nacional, olvidado de cuanto le rodea, su arte y su valor subyugan a ese público ebrio de grandes emociones...

ANTONIO CERCOS